

**ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL:

Dr. Silvio Zavala

Sillón: 2

16 de diciembre de 1946

RESPUESTA DEL ACADÉMICO:

Atanasio G. Saravia

Tributo al Historiador Justo Sierra

DISCURSO DE RECEPCION DEL SEÑOR ACADEMICO
DOCTOR DON SILVIO ZAVALA, LEIDO EN LA
REUNION DEL 16 DE DICIEMBRE DE 1946.

Don Francisco Pérez Salazar, el ilustre académico desaparecido a quien la benevolencia de ustedes me ha llamado a suceder en esta docta corporación, aparece en nuestro recuerdo asociado a cualidades personales y literarias de la mayor distinción.

Nació en 1889 en la ciudad de Puebla, título que ya predispone al amor de la cultura. Dentro de ésta, escogió nuestro recordado amigo las más finas aficiones, como son las relacionadas con la historia del arte y de las letras.

Desde 1923 hasta 1941, publica sus depurados estudios sobre la pintura en Puebla en la época colonial; sobre la fundación de la propia ciudad; sobre el grabado en ella y sus impresores. En un plano más general, aborda la biografía de D. Carlos de Sigüenza y Góngora, y ensayos acerca de la producción literaria de la Nueva España.

Solía concurrir a las reuniones en las librerías de la ciudad, donde figuras que ya sólo viven en nuestro recuerdo mantenían despierto el espíritu de comunicación y de crítica. Allá conversaban González Obregón, Genaro Estrada, Pérez Salazar, sobre las cosas del oficio.

Aquellos hombres de letras, aquellas costumbres, representaron algo de lo mejor de nuestras tradiciones culturales.

Adonde quiera que nos lleven las innovaciones que surgen a diario, en la vida del intelectual mexicano, siempre recordaremos a esos amigos, como maestros de caballerosidad y de ingenio.

El discurso que me propongo someter a la consideración de esta honorable Academia lleva por título:

TRIBUTO AL HISTORIADOR JUSTO SIERRA

Mi admiración por Justo Sierra como historiador de México es reciente. Estudiaba el panorama que ofrece nuestra historia en su conjunto, así como la reiteración de sus crisis, cuando advertí que el juicio de Sierra ofrecía tal grado de madurez en el difícil ejercicio de la comprensión histórica, que me pareció indispensable hacer un alto ante esta atractiva figura.

A Sierra no se le ha olvidado, pero sí asombra que la sabiduría contenida en su obra de historiador no haya sido transmitida como herencia fundamental a todos los que después de él han estudiado el pasado de México.

Ya hizo notar Alfonso Reyes en el prólogo a la segunda edición — demorada treinta años— de la *Evolución política del pueblo mexicano*, que Sierra poseyó un sentido constructivo de la historia. Las palabras del crítico literario merecen recordarse como anuncio de la que parece inevitable e inminente revaloración de nuestro sabio: "Sin espíritu de venganza —nunca lo tuvo— contra el partido derrotado; sin discordia; sin un solo halago a lo bajo de la pasión humana; sin melindres con la cruel verdad cuando es necesario declararla, esta historia es un vasto razonamiento acompañado por su coro de hechos, donde el relato y el discurso, alternan en ocasiones oportunas; donde la explicación del pasado es siempre dulce aun para fundar una censura; donde no se juega con el afán y el dolor de los hombres; donde ni de lejos asoma aquella malsana complacencia por destruir a un pueblo ; donde se respeta todo lo respetable, se edifica siempre, se deja el camino abierto a la esperanza. La paulatina depuración del liberalismo mexicano no es allí una tesis de partido, sino una resultante social, un declive humano".

Estas palabras de un hombre cordial y sereno hacia otro que tuvo las mismas virtudes concluyen con este alto reconocimiento: "Maestro igual de la historia humana ¿cuándo volveremos a tenerlo?".

Cualquier sospecha de exceso en el elogio, cuando bastara a descartarla la probidad crítica de Reyes, desaparecería ante el cotejo de las abundantes páginas de la obra de Sierra.

En ellas se observa la victoria de la madurez de juicio sobre el simplismo sectario. El triunfo del arte en la captación de lo múltiple y aun

de lo contradictorio, a costa de la estéril tarea que reduce la vitalidad de la historia al cauce de una explicación unilateral. Las crisis y las oposiciones en que abunda el pasado mexicano se resuelven en ese espíritu en amplios cuadros de riqueza no igualada hasta entonces. Siendo tan complejo el camino histórico que tocó recorrer a nuestro pueblo, habla de ser clara, amplia y penetrante la mente capaz de disipar las nubes acumuladas en torno de cada episodio esencial, y de encontrar el hilo conductor soterrado bajo tanto polvo y sangre a lo largo de los siglos.

Al leer a Sierra puede saberse de antemano el curso de los acontecimientos que narra, puesto que son los conocidos por todos; pero permanece vivo el interés por sorprender sus actitudes imprevistas ante esa historia sabida, por llegar a sus magníficas interpretaciones, casi siempre rebosantes de originalidad y prudencia.

Quien se conforme con labrarse una imagen superficial de pasado tan profundo como el nuestro, tal vez no llegue a estimar la madurez contenida en las ideas de Sierra. Pero quien reconozca la complejidad básica de nuestra cultura, quien desee comprender el curso desigual y variable de su historia, ese celebrará hallarse al fin ante un explorador felizmente dotado para descubrir las ricas vetas de nuestro suelo histórico, para desentrañar su naturaleza y apartar sabiamente las partículas brillantes de las escorias.

¿Está Sierra en favor o en contra de los indios? Corno humanista responde con un prudente "según", ya que no mide al hombre con el indio sino al indio con el hombre. Cuauhtémoc le parece "la más hermosa figura épica de la historia americana". Y se alarga a exclamar: "¡Pobres tenochcas! Si la historia se ha parado a contemplarlos admirada, ¿qué menos podremos hacer nosotros, los hijos de la tierra que santificasteis con vuestro dolor y vuestro civismo? El merecía que la patria por que moríais resucitase; las manos mismas de vuestros vencedores la prepararon; de vuestra sangre y la suya, ambas heroicas, renació la nación que ha adoptado orgullosa vuestro nombre de tribu errante y que, en la enseña de su libertad eterna, ha grabado con profunda piedad filial el águila de vuestros oráculos primitivos".

Pero este admirador del heroísmo mexicano, líneas arriba ha dicho: "El culto a los dioses tomó enormes proporciones; dos o tres coincidencias entre las hecatombes humanas de los templos y el fin de alguna calamidad, acrecentaron por tal modo el prestigio de las deidades antropófagas, que los sacrificios fueron matanzas de pueblos enteros de cautivos, que tiñeron de sangre a la ciudad y a sus pobladores; de todo ello se escapaba un vaho hediondo de sangre. Era preciso que este delirio religioso terminara; bendita la cruz o la espada que marcasen el fin de los ritos sangrientos".

Incomprensión, nos dirán tal vez los antropólogos modernos que

se sienten capaces de explicar el sacrificio con irreprochable técnica de profesionales de la cultura antigua pero ello no borra el sobresaliente y profundo interés de Sierra por el perfeccionamiento del hombre.

El destino del indígena no queda relegado a los desvanes del tiempo, pues comentando Sierra el sueño moral de esa gran familia, una vez vencidos los febriles momentos de la iniciación del apostolado cristiano en América, nos dice con la conciencia progresista del intelectual del siglo XIX: "tiene que silbar mucho tiempo la locomotora en sus oídos para arrancarlas del sueño, tiene la escuela que soplar la verdad en sus almas por dos o tres generaciones todavía para hacerla andar". Y esto otro, que oportunamente subrayó Alfonso Reyes al estudiar las expresiones más felices de Sierra: "¡Oh, si como el misionero fue un maestro de escuela, el maestro de escuela pudiera ser un misionero! Frase dicha, naturalmente, antes de la Revolución.

Podríamos sustituir el silbido de la locomotora, por otro símbolo más avanzado del progreso técnico, pues los ferrocarriles ya no están de moda, sobre todo los nuestros, tan impuntuales; pero de lo demás ¿quién se atrevería a prescindir?

La fina comprensión histórica de Sierra se asocia así, desde el pórtico de la magnífica construcción, a un pensamiento justo y vigoroso acerca de la sociedad mexicana.

Aun a riesgo de ser prolijo, propongo a los oyentes que me acompañen otro trecho más por la senda abierta.

Llegamos a la conquista y al problema del español en América, tema largo y controvertido.

Veamos cómo sortea Sierra sus dificultades, cuanto mayores más propicias para destacar su talla de historiador.

La explicación vuelve a intentarse sin titubeos ni ocultaciones, correspondiendo la riqueza y variedad de las páginas escritas a las propias cualidades implícitas en el pasado. No se vea en ello la sola fecundidad formal del escritor, sino la calidad y el acierto, de quien sabe descender a las profundidades de la historia para captar sus palpitaciones más íntimas. Los europeos del siglo XVI le parecen "aventureros procaces y sublimes: al choque de las circunstancias, uno de aquellos hombres podía ser o un corsario o el fundador de un reino".

Mas no es todo lo que el criterio flexible de Sierra descubre al encarar aquel siglo en que, son sus palabras, "la humanidad toda pareció crecer de un palmo".

El fragor de la lucha no le impide advertir que los propios soldados se convierten en fundadores de ciudades, y que la conquista va seguida de una vasta tarea de población. Por ejemplo, en el caso de los Montejos en Yucatán, comenta: "Hombres como en su tiempo había muchos, ambos hicieron lo que todos los conquistadores. Pasados los siglos, sólo queda

de su obra la parte que mereció vivir y que les ha valido la veneración de la historia peninsular; fueron los primeros padres de la patria yucateca".

Bajo el título de "Los pacificadores", dedica atención esmerada a la obra de los religiosos o conquista espiritual que sucede a la de las armas.

No escatima el reconocimiento debido a figuras como Las Casas, Zumárraga y Vasco de Quiroga; porque ellas, según Sierra, "reconcilian a la historia, aun bajo el aspecto moral en que suelen colocarse los idealistas, con la cristianización de los americanos llevada a cabo por España, aun cuando su antecedente forzoso haya sido la conquista con todas sus violencias y horrores".

Los primeros franciscanos de México le parecen el ejemplo más apropiado para comprender que "toda la dulzura de la religión de Francisco de Asís era necesaria para mostrar al mundo, en aquella época, españoles que no fueran duros, que no fueran crueles: los de la custodia sólo lo fueron con ellos mismos".

La debatida figura de Las Casas le merece estas sabias palabras que hubieran ahorrado otras muchas de dudosa calidad si los juicios prudentes no corrieran suerte tan perecedera: "esta clase de hombres que exageran y extreman de buena fe la pintura del mal, son necesarios en las épocas de crisis; así el remedio, aunque sea deficiente, viene pronto".

Pero Zumárraga y los suyos ¿no destruyeron las antigüedades de los indios? Sierra lo sabe y lamenta como historiador que: "Allí se consumieron datos preciosos para la historia de la vida y del pensamiento de las familias aborígenes"; pero esta controversia le permite ejercitar de nuevo su admirable facultad de apreciación humana, pues advierte que los misioneros pusieron a los indios "en la ruta que debía conducirlos a la solidaridad con el mundo de la civilización".

Mirada incansable que salva precipicios donde caen los jueces simples; destreza superior en el arte de captar las tonalidades varias; postura de un espíritu que no se deja arrastrar nunca a los lugares comunes o bajos.

La rica paleta de este gran pintor de nuestra historia le permite diferenciar el heroico momento del apostolado de aquel mucho más prosaico que le sigue, en que "la familia indígena fué lo primero que amortizó la Iglesia en América".

Y el análisis profundo de las dificultades históricas que presenta aquel primer momento de fusión de la cultura indígena con la europea, no termina sin que Sierra se eleve a este pensamiento sintético que preside su construcción histórica nacional: "Los mexicanos somos los hijos de los dos pueblos y de las dos razas; nacimos de la conquista; nuestras raíces están en la tierra que habitan los pueblos aborígenes y en

el suelo español. Este hecho domina toda nuestra historia; a él debemos nuestra alma".

Verdad patente que confunde a tantos extremistas de uno y otro bando.

Bastaría al crítico más exigente reconocer que Justo Sierra ha logrado una visión superior de nuestra historia a través de las primeras y profundas crisis de ella, para concluir con nosotros que es acreedor a la más destacada palma de madurez y sabiduría.

Además, aquel engañoso título sobre *Evolución Política de México*, no significa que el autor se dedique de manera exclusiva al estudio de los anales del gobierno. Sierra, a diferencia de otros autores, no proclama, pero en cambio si realiza una historia de la civilización mexicana.

Su sensibilidad para los temas económicos se trasluce en varias ocasiones. Por ejemplo, en el momento heroico de la conquista, se acuerda de que : "La aclimatación de los animales útiles en Europa (el caballo, el asno, el buey, el carnero, el perro, el cerdo), y la de las plantas de cultivo como la caña de azúcar y de tantos frutos que aquí pulularon (la manzana, el durazno, la naranja, introducida por el admirable cronista Bernal Díaz), cambiaron la faz de las tierras productoras; aunque sólo por este lado se considere, el contacto con la civilización europea fué profundamente transformador, es decir, constituyó una evolución absoluta, marcó el camino definitivo a los americanos; fué el progreso, forma parcial de la evolución".

La decadencia de España en el siglo XVII le merece este juicio penetrante: "cesa de ser una gran potencia marítima sin dejar de ser una, gran potencia colonial (contrasentido que habla de producir la destrucción de su imperio americano)".

También observa la dependencia económica en que se halla la Nueva España con respecto a la Metrópoli a causa del azogue, que venia en flotas de cuyo arribo periódico dependía la vida momentánea de las minas, y en cuya distribución, presidida por el virrey o sus agentes, "llegaba a su *maximum* el favoritismo y la venalidad". Antecedente, por cierto, de costumbres contemporáneas de fácil identificación.

Sin salir del terreno económico, Sierra discute las reformas hacendarias del período de Carlos III, y observa que las continuas guerras las hicieron fracasar, porque "la suprema reforma hacendaria es la paz".

Pinta el descontento de los criollos en las postrimerías de la época colonial mediante esta sentencia: "los españoles no nos dejan tomar parte en el gobierno de nuestro país y se llevan todo nuestro dinero a España".

Y más aún, el amplio problema económico en torno al cual gira nuestra independencia, le lleva a esta explicación aguda del movimiento separatista acaudillado por el grupo conservador de la Profesa: "no existía riqueza circulante, sino escasísima, en torno de la enorme masa amortizada en manos de la Iglesia. Este mal lo comprendieron admirablemente los hombres de esas épocas; ese problema quedó formulado con precisión al finar los tiempos coloniales; para aplazar indefinidamente su solución, la Iglesia consumó la independencia de la colonia; la lucha por resolverlo en favor del poder civil es la clave de nuestro desenvolvimiento histórico en el siglo actual" (se refiere, naturalmente, al XIX).

Amplia comprensión del factor económico en la historia, sí, pero este autor no podría ser incluido con propiedad dentro de la escuela materialista.

Los temas de índole cultural aparecen a menudo en las páginas de Sierra. Hace días me creía poseedor de ignoradas verdades acerca de la historia del lenguaje, según la revelación de antiguos documentos. Pero seguramente sin haberlos leído, bastó la evidencia de los hechos a don Justo y la segura comprensión de ellos, para anticipar todas las conclusiones posibles y ciertas acerca del problema. Sus palabras dicen: "El afán justísimo y civilizador de unificar el idioma fué persistente en los monarcas y virreyes; para ello se crearon escuelas y se establecieron clases en la universidad, en los colegios de las comunidades religiosas, en los seminarios; nunca se trató como en otras naciones, aun en nuestros días, de prohibir el uso de los idiomas nacionales, y la nacionalización del español se encomendó únicamente a la persuasión y a la necesidad; bastante se logró, era obra de mucho tiempo; hoy (son los años finales de la dictadura de Díaz) no está concluida todavía, porque los gobiernos se han desentendido casi completamente de ella y el clero la prosigue con cierta flojedad".

En cambio, las páginas más directas acerca de la historia de la inteligencia mexicana, nos parecen débiles, acaso por el afrancesamiento de Sierra, por su estimación insuficiente del pasado cultural de España y de la Escolástica en general. Él, que predicaba el retorno a la filosofía después del predominio positivista, no se detuvo a considerar las aportaciones que la teología había hecho a la idea del hombre y de su libertad; ni los avances logrados por el antiguo derecho de gentes en lo que respecta a la convivencia de los pueblos ni más tarde llegó a conocer en su cabal volumen la penetración de las ideas ilustradas del siglo XVIII en el mundo hispánico, como preparación a la independencia y a los nuevos rumbos de vida. Era difícil aún, a principios de nuestro siglo XX, tener paciencia para enfrentarse a la lógica deductiva, a la inquisición, a la teología y a la jurisprudencia coloniales; sin embargo, un examen minucioso de esa cultura tradicional ha permitido descubrir en ella ciertos valores que antes pasaron desapercibidos.

Hallamos ejemplos de una apreciación desencajada y estéril frente a la historia de la cultura hispanoamericana, tanto en la *Evolución Política* de que es autor Sierra como en su Discurso de inauguración de la Universidad de México en 1910.

En una parte leemos que : "La teología, la filosofía y hasta la jurisprudencia y se enseñaban con espíritu medioeval ; eran eminentemente escolásticas, eran el triunfo del puro método deductivo, y como las dos primeras partían de los dogmas religiosos y la jurisprudencia de los axiomas de la legislación romana, de la canónica, de la española y de la de Indias, sin permitirse el menor análisis ni observación, todo se reducía a inferir de esos axiomas cadenas silogísticas ; y los ejercicios apasionantes de las clases consistían en esconder sofismas dentro de los vericuetos dialécticos para darse el placer de destruirlos luego, o en la infinita labor de conciliar textos de los libros patológicos y leyes del Digesto entre sí. Este vicio mental dominó en el espíritu del futuro grupo director que España creaba, inconscientemente quizás".

"Faltaba la filosofía; faltaba el contacto con las ideas que se encendían en el cielo intelectual del siglo de Descartes, de Newton, de Leibniz; faltaba el conocimiento real, y no por las refutaciones sumarísimas de los tratados escolares, de los grandes sistemas filosóficos de la antigüedad; faltaban alas al pensamiento, imposibilitado así de vivir fuera de su crisálida; el alma de aquel pueblo nuevo iba a ser abortiva. La tremenda clausura intelectual en que aquella sociedad vivía, altísimo, impenetrable muro vigilado por un dragón negro, la Santa Inquisición, que no permitía la entrada de un libro o de una idea que no tuviera su sello siniestro, produjo, no la atrofia, porque en realidad no había órgano, puesto que jamás hubo función, sino la imposibilidad de nacer al espíritu científico".

El Discurso inaugural no es menos elocuente a este respecto.

La vieja Universidad del siglo XVI no era vista con aprecio por el fundador de la nueva. Porque estimaba Sierra que "la real y pontificia universidad no había tenido ni una sola idea propia ni realizado un solo acto trascendental a la vida del intelecto mexicano; no había hecho más que argüir y redargüir en aparatosos ejercicios de gimnástica mental, en presencia de arzobispos y virreyes, durante trescientos años". Concluía la descripción con esta sentencia implacable fué "la losa de una tumba".

Asistieron a la inauguración del establecimiento mexicano los representantes de tres universidades: la de París, a la que llamaba Sierra "alma mater"; la de Salamanca, por concesión sentimental e histórica; y la de California, por espíritu, de modernismo.

Mucho tendríamos qué decir acerca de estos documentos de nuestra historia intelectual. La generación de Sierra, y aun personas que siguieron a ella, no habían descubierto a fondo lo que significa para un pueblo la adopción de un estilo de cultura. Vivían encandilados por la gloria del espíritu francés, y se permitían con orgullo y maneras desdeñosas prescindir de las tradiciones más profundas del alma hispano-americana. Y lo sensible no era tan sólo que anduviéramos

mendingando un "alma mater" y que nos presentáramos al mundo avergonzados de nuestro pasado ideológico y desprovistos, por voluntad propia, de tradiciones de cultura, —lo cual es siempre grave hasta para imitar las formas predilectas del mundo ajeno—, sino que mediante esa renuncia a la historia de nuestro espíritu se menoscabaran valores permanentes y afirmativos que hoy reconocemos como el mejor patrimonio y el más firme sostén de nuestras actitudes culturales ; porque no son un legado que recibimos o perdemos con las escuelas o modas intelectuales que pasan, sino consecuencia de una actitud natural y constante ante los problemas que la historia nos depara.

Sierra no supo, por ejemplo, hasta dónde llegó el espíritu utópico de Vasco de Quiroga en su proposición acerca de la manera ideal cómo debía realizarse el contacto de Europa con la América indígena, aunque claro es que le atrajo y respetó el esplendor evidente de la figura. Tampoco le constaba cómo los siglos de silogismos escolásticos permitieron a la escuela tomista española e hispanoamericana crear una tradición liberal y justa ante el arduo problema de la servidumbre natural de los indios predicada por el espíritu renacentista que, con ello, anticipaba los problemas del imperialismo moderno en lo que toca a pueblos "atrasados" y "adelantados", o, en lenguaje más reciente, a protectorados y fideicomisos civilizadores y explotadores también. No vió la trama sutil que unía a figuras del momento de la independencia, como el padre Mier, con los antiguos censores de la conquista española, cual Las Casas, salvando con ello los siglos coloniales para dibujar una misma figura de hombre airado contra la injusticia, encendido de fiebre de libertad. Y podríamos recordar a Sor Juana poniendo en duda el origen legítimo de la desigualdad terrena, y al jesuita dieciochesco Alegre que no encontraba justificada la esclavitud de los negros, antes de que la filantropía enciclopedista se extendiera a otras regiones de la conciencia del mundo. Y en fin, tantos destellos de nuestro viejo y arraigado liberalismo ante las razas, las desigualdades sociales, etc., en lucha abierta con las formas de opresión que siempre han rodeado a nuestra historia y avivado la urgencia de afirmar tales principios hasta verlos convertidos en estilo vital de nuestros espíritus verdaderamente grandes y generosos.

Sospechamos, sin embargo, que de haber sabido Sierra todo esto, no hubiera vacilado en apreciarlo a consecuencia de alguna de sus magníficas reacciones espirituales.

La crisis de la independencia política, iniciada de manera franca por Hidalgo en 1810, atrajo grandemente la atención de todos aquellos mexicanos que participaron en las conmemoraciones del primer centenario. La independencia como tema histórico puede decirse que estaba de moda. Acerca de ella se publicaron voluminosas colecciones de documentos. El historiador ambicioso se graduaba con alguna aportación relacionada con los héroes de la independencia.

Pero Sierra no justificó el movimiento insurgente, como muchos de sus contemporáneos, a base de una pintura monstruosa del periodo colonial. Su amplia visión histórica y su convicción acerca de la continuidad social de nuestro pueblo al pasar de una etapa a otra, le apartaron de una posición que entonces parecía irresistible; aunque justo es advertir que antes dijo cosas sensatas acerca de ello otro historiador nuestro, el liberal don Vicente Riva Palacio.

Lo corriente era conmoverse y solidarizarse con los indios de México que se defendieron bravamente de los rapaces conquistadores, pues se pensaba que esa defensa, simbolizada de manera tan noble por Cuauhtémoc, venía a ser nada menos que el antecedente directo del sentimiento de independencia y libertad que llevó tres siglos después a los caudillos de la insurgencia a romper las ominosas cadenas impuestas por España. Como decía un historiador típico de la segunda mitad del siglo XIX: "Tres siglos de dominación no fueron bastantes a borrar tradiciones que halagaban el justo sentimiento de orgullo nacional en los descendientes de los vencidos. Hay en las nacionalidades que sucumben un elemento que flota en esos pavorosos naufragios de los imperios y que lentamente va formando la piedra angular sobre la que se alzaría algún día la sociedad política, destinada al parecer, a la muerte y al olvido. Y el dominio de España, tres veces secular, no fué bastante, lo repetimos, a desvanecer el sentimiento de nacionalidad en el pueblo sometido a sus leyes ni: a lograr la absoluta asimilación de la colonia a la metrópoli, porque se alzaba entre ellas, siempre enérgico y vivaz, el recuerdo de una patria independiente que había gozado de épocas gloriosas, que había sucumbido con noble heroísmo y cuyos timbres invocaban con secreto orgullo los vástagos de aquel brillante y poderoso pueblo que cayó vencido en el primer tercio del siglo XVI".

No es del caso hacer la historia de esta interpretación que presenta a la independencia como una contraofensiva, aplazada por tres siglos, de las huestes de Cuauhtémoc, ahora capitaneadas por el cura Hidalgo, el capitán Allende, la Corregidora, etc. Lo que no puede desconocerse es el deseo de los insurgentes de apoyarse en antiguos títulos y ejemplos indígenas cuando su lucha contra el pueblo español europeo era más apremiante. Pocas veces se detuvieron a considerar si acaso el tendero gachupín establecido en Nueva España en los últimos años no estaba más lejos que

los criollos mexicanos de aquella rama de conquistadores que vino a establecerse en nuestra tierra desde el siglo XVI. Porque no era un análisis de sangre lo que demandaban, sino un reparto de odios históricos divididos geográficamente entre mexicanos de acá y españoles de allá.

Riva Palacio ya había observado —con el precedente notable del Dr. Mora— que: "La Nueva España no fué la vieja nación conquistada que recobra su libertad después de trescientos años de dominación extranjera: fuente de históricos errores y de extraviadas consideraciones filosóficas ha sido considerarla así, cuando es un pueblo cuyas embriogenia y morfología deben estudiarse en los tres siglos del gobierno español, durante los cuales, con el misterioso trabajo de la crisálida y con heterogéneos componentes, formose la individualidad social y política que, sintiéndose viril y robusta, proclamó su emancipación en 1810".

Sierra no creyó que los autores que se entregaban entonces a la doble tarea de ensombrecer la colonización española y de exaltar la insurgencia anduvieran por el mejor camino. Teniendo en mientes la obra de Genaro García sobre el "Carácter de la Conquista española, comentaba: "Han denostado algunos la conquista diciendo que fué un grave mal, y esto me parece un solemne desatino o una paradoja para exaltar a los ignaros que no se han asomado nunca a la historia de la evolución humana. Decir que la conquista fué un mal, es decir que nosotros lo somos, porque la sociedad mexicana viene de la conquista. Como quiera que se realizase, por virtud de la conquista se operó radical, transformación en la vida americana. Rectificóse para bien la marcha social, verificóse inestimable transformación en los instrumentos y por ende en los procedimientos del trabajo y de la, producción, y se promovió el aumento orgánico de la fauna y la flora; con la supresión de los ritos antropofágicos y la creación del sentido cristiano, se dio una nueva orientación superior a la conciencia indígena y se preparó el desenvolvimiento de su intelecto.

Esto y mucho más han dicho entre nosotros los hispanófilos de corte conservador; pero la garantía de las palabras de Sierra consiste en que vienen de quien ni remotamente puede clasificarse dentro de esa escuela histórica. Lo que en realidad le permite esa flexibilidad de criterio, ese registro amplio de los tonos de nuestra historia, es, además de su probidad intelectual tan notoria, una perspicaz afirmación del carácter mestizo de nuestro pueblo y de nuestra cultura, según se verá mejor adelante; y la convicción, que ya descubrimos en Riva Palacio, acerca del carácter eminentemente formador de los tres siglos coloniales en lo que respecta a la "morfología" del pueblo mexicano, según expresión del gusto de aquella época evolucionista.

Sierra no teme; por eso, llamar a Hernán Cortés el fundador de la nacionalidad, si bien reserva para Hidalgo el nombre de Padre de la Patria; y por haber sido la primera empresa aunque heroica y soberbia, también de ambición, de codicia y egoísmo, sólo le concede el sentimiento de la admiración; y a la segunda, por ser tarea de entusiasmo, de sacrificio y de amor, le consagra el deber filial. Hidalgo, concluye, "es el padre de la Patria", "su propósito se lo dictó el amor a una patria que no existía sino en ese amor; él fue pues, quien la engendró: él es su padre, es nuestro padre".

Conviene notar que Sierra no evade los aspectos deprimentes que tuvo la lucha de la independencia por una y otra parte.

Con precisión inusitada nos habla de "la forma seca y profundamente humillante, y exasperadora que suele tomar el despotismo español, aun cuando en el fondo pudiera ser más generoso que otros". Con lo cual, nuestro autor aventaja a quienes gustan de encerrar bajo el solo nombre de España un sentimiento candoroso de admiración integral, sin distinguir matices, ni vicios de virtudes, ni esa realidad despótica tantas veces enemiga de las cualidades generosas que nunca faltan en las tragedias históricas españolas dondequiera que surjan.

Sierra no pasa por alto los esfuerzos liberales que se condensaron en la Constitución de Cádiz de 1812, a la que considera "más bien fórmula de los grandes ideales de un grupo de hombres, núcleo del pueblo español por venir, que condensación de las aspiraciones y de las necesidades reales de la España de principios del siglo".

La conducta de Mina en su lucha contra Fernando VII le hace decir: "En aquella época, aurora de nuevas ideas y nuevas patrias, las causas santas, como la que en España y en México sostuvo Mina, eran una suerte de patria común y más alta".

Y allá quedan encerradas y resueltas muchas acusaciones y polémicas de la época.

¿Fue la insurgencia un movimiento ideal, esplendoroso, impecable? El nacionalismo juvenil de América así quiso verlo; pero Sierra es historiador habituado a tratar la historia de todas partes, y sabe que el entusiasmo no debe cegar a quien se esfuerza por conocer el pasado para comprenderlo. Esta noble actitud, tan opuesta a la de quienes escamotean y mutilan sus verdades en el silencio del gabinete, es la que se destaca cuando dice que: "La (empresa) del Cura podía realizarse a fuerza de complacencias, que fueron tristísimos y crueles algunas veces, como las matanzas de españoles en Guanajuato, en Morelia, en Guadalajara; abominaciones que duelen porque quisiéramos ver inmaculada la figura del mexicano supremo en la historia, pero que tuvieron por resultado tender un infranqueable mar de sangre entre insurgentes y dominadores; así toda transacción resultó imposible".

Y el mismo ejercicio de verdad, tanto más meritorio cuanto no se escuda en un corazón insensible, según es fácil de percibir en el estilo y adjetivos de estos párrafos, vuelve a practicarlo Sierra al reconocer: "lo cierto es que compitieron unos y otros en ferocidad en la guerra, y Morelos nada tiene que envidiar a Calleja, ni la inhumanidad de Iturbide es superior a la de Hidalgo, por desgracia".

Manera bien distinta de tratar un tema que por lo común se reduce a la llana división entre malos y buenos, tan grata a los historiadores nacionalistas como a los productores de películas de Hollywood.

El retrato de Iturbide muestra algunas pinceladas de realismo: "tenía detrás una negra historia de hechos sangrientos y de abusos y extorsiones; era la historia de su ambición". Pero Sierra no le regatea la cualidad del valor, ni cierto atractivo indefinible que magnetizaba a los soldados y a las multitudes.

No ahonda, el gusto de Alamán por ejemplo, la comparación entre Hidalgo e Iturbide con relación a la obra de la independencia. Sierra se encuentra ya fundamentalmente dentro de la interpretación que acepta al primero como el héroe efectivo de la Patria. Pero está convencido de que el acto de consumación de la independencia fué el gran servicio que prestó Iturbide a su país, así fuese el móvil la ambición; y por eso, cuando comenta la muerte del caudillo en Padilla, le parece que fué un acto político, pero no un acto justo. Porque "Iturbide había hecho a su patria un servicio supremo, que es inútil querer reducir a un acto de traición a España. No estuvo a la altura de su obra, pero jamás mereció el cadalso como recompensa; si la patria hubiese hablado, lo habría absuelto".

Si en vez de escribir nuestra historia, Sierra la hubiera podido guiar en sus momentos de crisis, ya se ve que menos cruel, más generosa. Esa expresión conmovedora: "si la patria hubiese hablado", nos explica a fondo el secreto de la visión de Sierra; nos hace palpar su deseo de que la conciencia del historiador se acerque a ese "verbo" de la patria, que en cierta manera es su alta misión expresar.

"Historia dolorosa y viril" llama Sierra a la emprendida entre los años de 1821 y 1855.

Este generoso liberal comienza por pagar tributo a una figura señera del campo opuesto, de la cual dice: "Alamán, que con tanta parcialidad a veces, y a veces con superior instinto político y siempre en noble estilo, había de ser luego el historiador, necesariamente discutido, pero justamente respetado de aquellas épocas confusas..."

No era fácil que Sierra dejara de mostrar interés por una de las mentes históricas más despejadas entre las que le precedieron. La comprensión profunda, aunque desde orillas opuestas, unía a estos dos grandes historiadores de México. No sé si don Justo Sierra escribió algo más sobre Alamán, pero dejó apuntado el interés que ofrece la relación entre ambos. Alguna vez debiera compararse la manera y altura con que uno y otro supieron "enjuiciar" y "considerar" los problemas de nuestro pasado.

La nota más acusada del periodo, o sea, la abundancia de pronunciamientos militares, hace decir a Sierra: "en ninguna parte se ha considerado el ejército con derechos más claros para interpretar la voz de la Nación, soliendo sólo interpretar la voz de las codicias y apetitos de sus jefes o de quienes los mueven, que en los países españoles". Advertencia digna de ser inscrita en las academias militares de nuestros pueblos, aunque su efecto no alcanzaría a los caudillos que surgen fuera de colegios y letras, tal vez los más numerosos.

No falta un buen retrato psicológico de Santa Anna, el político que llena con su actividad esta época. La figura mereció también la atención de Alamán. No podemos detenernos a efectuar un estudio comparativo del personaje a través de ambos autores, pero sí importa recoger de la página de Sierra la parte en que concede al caudillo "la cantidad de inteligencia que se necesita para procurar todo su desarrollo a la facultad compuesta de disimulo, perfidia y perspicacia que se llama astucia"; la cual no confunde, por cierto, con otras dotes más elevadas.

En aquel período caótico, la atención de Sierra se concentró de preferencia en los primeros intentos 'de reforma debidos a Gómez Farias y su grupo liberal.

Estos reformistas, según Sierra, perseguían tres fines: "destruir los fueros eclesiásticos, hacer entrar los bienes de manos muertas (los que no podían enajenarse) en la circulación de la riqueza general, y transformar por medio de la educación el espíritu de las generaciones nuevas; sin eso — comenta nuestro autor— no se podía llegar a la libertad religiosa o de conciencia, base de las demás. Jamás la Iglesia consentiría en ello; lo había proclamado, y con justicia: la negación de la libertad de conciencia era la razón misma de su autoridad".

Los esfuerzos de 1833, si bien se convirtieron en letra muerta por la reacción inmediata que hubo contra ellos, indicaron —según Sierra—la

meta de sus futuros anhelos al grupo liberal, que los despotismos centralistas iban a enriquecer de experiencia, de hombres y de odios.

Sin embargo, Sierra hace un reparo importante a estos reformadores con motivo de la supresión de la Universidad. Comenta que eso se hizo "por el espíritu de mejorar destruyendo, en lugar de transformar mejorando; habría sido bueno, en lugar de una universidad pontificia, haber creado una universidad nacional y eminentemente laica". Esto explica por qué Sierra, en 1910, se vió en la precisión de crear de nuevo la universidad mexicana, puesto que se encontró ante una tradición rota por primera vez en 1833 y después por los liberales de la década del 50 que insistieron en el mismo propósito.

Tampoco deja Sierra, por razón de sus declaradas simpatías a este grupo reformador, de notar el aplauso de la sociedad cuando Santa Anna la libertó "de aquellos temerarios emancipados que, sintiéndose en minoría, habían acometido una obra fundamental, la cual había de ser proseguida algún día o México renunciaba a ocupar un puesto entre los representantes de la cultura moderna".

La habilidad del párrafo es ejemplar. Un historiador menos experto que sintiera las inclinaciones de Sierra, habría tratado de velar la impopularidad del grupo reformador. Nuestro autor prefiere valerse de ella para destacar el carácter revolucionario y avanzado de estos hombres, cuya obra refuerza casi aun siglo de distancia con la alusión a la necesidad de que México se situase dentro de la "cultura moderna".

En cuanto a la guerra de Texas y la posterior con los Estados Unidos, se inclina, como antes lo hizo Alamán, a creer que la política defensiva más eficaz hubiera consistido en poblar esa frontera. Pero en las páginas de Sierra dicho concepto se amplía desmesuradamente hasta hablar de que México debió regalar la provincia a la colonización del mundo para que una Babel de pueblos —ruso, francés, español, chino—sirviera de rompeolas al ensanche norteamericano.

La invasión del 47 le parece "una mano calzada de hierro apretando el cuello de una nación flaca y exangüe, una rodilla brutal en el vientre, una boca ávida de morder, destrozar y devorar, hablando de humanidad, de justicia y de derecho".

Nuestro autor presta atención al fusil de cápsula que trajo el norteamericano, y no obstante repetidas alusiones al estado de miseria y anarquía en que se encontraba México, achaca a ese instrumento en algún pasaje la razón del triunfo obtenido por el invasor, ensayando tímidamente y creo que sin mayor fortuna una explicación 'tecnológica del desenlace de esta guerra. No en vano vivía Sierra entre los "científicos".

La defensa de Chapultepec por los alumnos del Colegio Militar no pasa desapercibida; pero al llamarla Sierra "el vértice sublime de la

pirámide roja", no creemos que estuviera en uno de sus momentos poéticos más felices.

Un buen párrafo sobre las causas económicas y sociales de la debilidad de México en esta época vuelve a mostrarnos la sensibilidad y agudeza de Sierra ante estos temas: "Las contribuciones nuevas venían una en pos de otra, pero la masa social era improductiva; producía trabajo para el dueño, que por medio del régimen rural de la tienda, del vale, de la moneda propia de cada negociación agrícola, y a veces del alcoholismo practicado como sistema, mantenía en el embrutecimiento y en la servidumbre por deudas al peón del campo, es decir, a más de la mitad de la población, que con todo esto pagaba indirectamente la contribución señalada a su amo; y si era libre, si tenía su pequeña negociación de qué vivir, pagaba el peaje y la alcabala, que devoraban las, dos terceras partes de su ganancia y le hacían ver el contrabando como una emancipación natural. La capitación en algunos Estados y las obvenciones exigidas por la Iglesia remataban aquella pesada máquina, trituradora de toda libertad, porque lo era de toda independencia económica, porque lo era del ahorro, que el mexicano no conoció jamás, no practicó nunca".

Tal vez esto sea más acertado que la alusión al fusil de cápsula; no porque neguemos importancia al equipo técnico en la guerra, lo cual sería imperdonable en esta era atómica, sino porque mediante semejante explicación comprendemos de manera más clara las causas de la debilidad mexicana, a la que se debió, según creemos, la derrota.

En cuanto a las consecuencias, Sierra ve algo más que las pérdidas territoriales y de población. Le parece que el acontecimiento precipitó la marcha interna de México e hizo irremediable la Reforma. Desnudó nuestras debilidades, enardeció nuestra sangre, y suscitó el valor del pueblo más abnegado del mundo —nos dice— porque no defendía ningún bien positivo sino puramente subjetivo y abstracto. Dió, en suma, un poco de cohesión al organismo disgregado de la Patria. De paso, demostró la importancia de las clases privilegiadas para salvar a la patria y la inconsistencia de un organismo que apenas si podía llamarse nación.

Poco después, en 1852, el presidente Arista informaba al Congreso sobre la mala situación del país; y, comenta con justeza Sierra, la "trazó con líneas sombrías en un discurso que parecía el *De profundis* de la federación y de la República".

Pero de aquel abatimiento y desgracia brotarían las fuerzas que iban a permitir a México rehacer su camino y afrontar nuevas tormentas.

La época de la guerra de Reforma la trata Sierra con más viva pasión, recurriendo a menudo a la inflamada proclama, con menoscabo de la función ponderativa que procura captar la riqueza de matices.

Esto no significa que tales páginas carezcan de interés ni de atisbos perdurables. Pero nos traen al primer plano de la personalidad de Sierra algunas cualidades que son más propias del político que del historiador.

Con la maestría habitual para presentar en pocas palabras el aparato de las contiendas, explica: "religión y fueros o constitución y reforma eran los vocablos encontrados en que se descomponía la palabra *muerte*".

Antes ha dicho, en cuanto al fondo del plan del ministro de Hacienda don Miguel Lerdo de Tejada para desamortizar los bienes de las corporaciones, que el señor Lerdo tuvo cuidado de no insertar un solo concepto político en los considerandos de su ley (aprobada después por el Congreso); todos sus fundamentos era económicos y financieros: movilizar la riqueza territorial, aliviar el estado del tesoro con los derechos que causarían las multiplicadas operaciones a que esta movilización daría lugar, este era el plan en la forma; en el fondo era una gigantesca revolución social, de efectos infinitamente más lentos de lo que esperaban sus autores, pero segura, colmó todos los cambios 'radicales en la forma de la propiedad".

Repetidas veces interpreta Sierra el siglo XIX mexicano, a través de las reformas de Gómez Farías y de Juárez, como el intento de la sociedad mexicana por ponerse a tono con la cultura moderna, por superar su pasado colonial.

Y los atisbos de orden económico acompañan a la narración política, hasta llegar a esta hermosa página sobre la formación de la clase media mexicana o burguesía, a la cual los pensadores de la Reforma consideraron como asiento principal de sus planes de enmienda y a la que los intelectuales del período porfirista miraron también con predilección: "En este país, ya lo dijimos, propiamente no hay clases cerradas, porque las que así se llaman sólo están separadas entre sí por los móviles aledaños del dinero y la *buena educación*; aquí no hay más clase en marcha que la burguesía; ella absorbe todos los elementos activos de los grupos inferiores. En éstos comprendernos lo que podría llamarse una plebe intelectual. Esta plebe, desde el triunfo definitivo de la Reforma, quedó formada: con buen número de descendientes de las antiguas familias criollas, que no se han desamortizado mentalmente, sino que viven en lo

pasado y vienen con pasmosa lentitud hacia el mundo actual; y segundo, con los analfabetos. Ambos grupos están sometidos al imperio de las supersticiones, y, además, el segundo al del alcohol pero en ambos la burguesía hace todos los días prosélitos, asimilándose a unos por medio del presupuesto, y a otros por medio de la escuela. La división de razas, que parece complicar esta clasificación, en realidad va neutralizando su influencia sobre el retardo de la evolución social, porque se ha formado entre la raza conquistadora y la indígena una zona cada día más amplia de proporciones mezcladas que, como hemos solido afirmar, son la verdadera familia nacional en ella tiene su centro y sus raíces la burguesía dominante".

Tal vez desde los tiempos de Alamán no se había vuelto a escribir con visión tan profunda sobre el ser social y el sentido del proceso histórico de este complicado país, formado por la reunión de razas, culturas y clases tan diversas; pero orientado de manera irresistible hacia metas de unidad que sólo podían alcanzarse mediante la reforma de aquel organismo sometido a convulsiones profundas y frecuentes.

Las palabras de Alamán que me parecen dignas de recuerdo en este momento son las siguientes: "En países que carecen de homogeneidad en la masa de su población, y que por esto más bien que una nación son una reunión de naciones de diferente origen y que pretenden tener diversos derechos, si esta diversidad no se funda sólo en las leyes sino que procede de la naturaleza, las varias castas, abandonadas a sus esfuerzos, no habiendo una de ellas que domine legalmente como en los Estados Unidos, más tarde o más temprano, acaban por chocar entre si, si un poder superior a todos, sostenido por un prestigio por todos igualmente reconocido, no conserva entre ellas el equilibrio, protegiéndolas sin distinción y sin oprimir a ninguna".

Es de celebrarse que a través de la mejor figura histórica del conservadorismo mexicano se haya hecho el análisis del problema básico de la sociedad mexicana. Porque esto nos permite, en comparación con las palabras de Sierra, medir la distancia que separa a quien apadrinaba aún la solución colonial decir, un monarca como alto regulador del equilibrio entre las diversas "naciones" reunidas en México—, de quien hacía suya la tesis liberal que veía en las crisis del siglo XIX un correctivo necesario de aquella estructura heterogénea y jerarquizada, sin temor a las audacias constitucionales de las minorías avanzadas, ni a la sangre y la muerte que vinieron a ser los instrumentos de esa que podríamos llamar "remoción creadora"; o sea, destrucción consciente de una manera político-social impuesta por el contacto del pasado indígena con la colonización europea venida de la católica, guerrera y rural España desde principios del siglo XVI y creación —sobre los despojos del poder monárquico, de la Iglesia capitalista y terrateniente, y de las viejas clases

sociales — de una república burguesa, de un gobierno laico y de aquella sociedad mestiza que Sierra veía emerger con madura aprobada.

La inevitable asociación del problema interno mexicano con las corrientes extranjeras que rodean al episodio de la Intervención y del Imperio, da motivo a Sierra, para escribir páginas en que sobresalen sus aficiones de historiador universal.

Con la pasión propia del afrancesado intelectual, no obstante algunas reflexiones marginales, separa las responsabilidades del pueblo francés de las del gobierno de Napoleón III, pues estima que "será siempre injusto hacer responsable a un pueblo entero de las faltas de sus gobernantes".

La conducta del general español Prim le merece calurosos elogios, al grado de que la considera como causa de que durmiera el antiguo rencor contra España en el ánimo popular, pues una España nueva se nos había revelado: la España del porvenir.

Es posible que Sierra peque por exceso de entusiasmo cuando deriva tales consecuencias de la gestión de Prim; pero es interesante que admita esa dualidad tan insistente en la literatura política, española acerca de las varias Españas. El uso de esta distinción en los problemas de América se inicia, es verdad, desde el momento de la independencia, cuando liberales y conservadores españoles ofrecen al público, americano sus programas encontrados y un caudal de adjetivos para insultarse. Después, al producirse el alejamiento de las naciones hispanoamericanas con respecto a la antigua Metrópoli, se pierde el interés por hacer distingos entre y una y otra España. Pero Sierra parece revivir dicha tradición, la cual persiste con singular fuerza en nuestros días.

Tal vez sea Sierra el historiador mexicano que haya ensayado un examen más amplio de las repercusiones internacionales que tuvo la defensa de México contra los franceses. Razona que el triunfo del 5 de mayo de 1862, al detener por un año el avance de las tropas francesas, favoreció asimismo a los Estados Unidos, empeñados en su lucha de secesión; porque adueñado entonces Napoleón de México, hubiera podido influir en pro del Sur. Por eso afirma Sierra: "El cinco de mayo defendió Zaragoza en Puebla la integridad de la Patria mexicana y de la Federación norteamericana".

No obstante la atención que concede al factor estadounidense, Sierra muestra mayor interés por el aspecto europeo del problema internacional, pues llega a decir: "Preciso es convenir en que una guerra con los Estados Unidos no fue nunca motivo de temor serio para Francia, porque ni creyó en ella, ni su ciega confianza en su poderío militar la permitía darle excesiva importancia; los documentos publicados lo prueban. Esta complicación fué para los franceses motivo de aprensiones, de inquietudes y de apuros cuando la crisis europea les demostró que sería insensato un conflicto que los obligaría a

distraer la mayor parte de sus recursos aquí: Bismarck, más bien que Seward, tenía la clave de la cuestión mexicana".

La inclinación europeísta de Sierra es insistente; por ejemplo, cuando considera a Francia como la primera potencia militar del mundo, a los soldados franceses como los mejores combatientes, etc.

En último término, no obstante su patriotismo mexicano, herido por la intervención, Muestra cierta satisfacción íntima al ver engarzada, la historia del país en los grandes acontecimientos de Europa: "la bandera francesa, ennegrecida, iba de la tragedia de aquí a la tragedia de allá". La resistencia de Juárez derriba, en fin de cuentas, no sólo al trono de Maximiliano sino al de Napoleón III, y contribuye a la restauración de las repúblicas mexicana y francesa. En los días del porfirismo era más de lo que se necesitaba para despertar el entusiasmo, pues se veía a México desempeñando un gran papel histórico mundial.

No olvida Sierra, sin embargo, la cuota trágica que el país hubo de pagar por tomar parte en aquella jornada. Comenta, por ejemplo, que el régimen imperial se había inventado para hacer cesar la guerra civil, pero habla matado más, incendiado más y amontonado más ruinas en tres años de guerra, que los combatientes de medio siglo de discordias intestinas.

La comprensión máxima, a juicio de Sierra, era de orden político y ético, pues a cambio de más de trescientas mil almas perdidas en los campos de batalla y por las consecuencias de la guerra, México "había adquirido un alma, la unidad nacional".

Los acontecimientos posteriores de la historia del país eran demasiado recientes en la época de Sierra para que pudiera verlos bajo una perspectiva histórica holgada.

Apenas llaman la atención algunos apuntes certeros, como aquel relativo a las medidas anti-clericales de don Sebastián Lerdo de Tejada, por cuya causa, "todo el elemento femenino de la sociedad, que había aplaudido en el advenimiento del señor Lerdo el reinado de la *gente decente* volvió la espalda al Presidente y comenzó con implacable tenacidad esa guerra sorda de los salones y las cocinas, que ataca y enmohece los más íntimos resortes gubernamentales".

Noticias que adquieren sumo mérito por revelarnos la influencia social de que gozaba aún el clero después de aquellas batallas de los años de la Reforma, que Sierra nos ha contado en gran estilo político.

El intento gubernativo del Presidente de la Suprema Corte, Iglesias, arranca de la pluma de Sierra un irónico y sagaz juicio, pues dice que parecía tener "todas las apariencias de un pronunciamiento de abogados y literatos".

Siguen las páginas sobre el general Díaz, no exentas de valor dentro del ambiente en que fueron escritas, ni ayunas de un realismo que con el tiempo gana terreno sobre las obligadas concesiones a la política imperante.

Habla Sierra del anhelo nacional de hacer imposible otra sedición, meta a la que se consagró Díaz para "rescatar ante la historia la terrible responsabilidad contraída en dos tremendas luchas fratricidas: la sangre de sus hermanos le sería perdonada si en ella y de ella hacía brotar el árbol de la paz definitiva". Poco después habla, subrayando la palabra, del *temor* como una de las bases del nuevo régimen.

Pero donde el juicio de Sierra recobra su habitual elevación es al exponer el problema político creado por la dictadura, o sea, el deterioro de las instituciones democráticas por las que se había luchado desde el advenimiento de la independencia. Nos dice: "En suma, la evolución política de México ha sido sacrificada a las otras fases de su evolución social; basta para demostrarlo este hecho palmario, irrecusable: no existe un solo partido político, agrupación viviente organizada, no en derredor de un hombre, sino en torno de un programa". Además: "esa nación que en masa aclama al hombre, ha compuesto el poder de este hombre con una serie de delegaciones, de abdicaciones si se quiere, extra legales, pues pertenecen al orden social, sin que él lo solicitase, pero sin que esquivase esta formidable responsabilidad ni un momento; y ¿eso es peligroso? Terriblemente peligroso para lo porvenir, porque imprime hábitos contrarios al gobierno de sí mismos, sin los cuales puede haber grandes hombres, pero no grandes pueblos".

Alfonso Reyes ha dicho que Sierra "tendía, entre el antiguo y el nuevo régimen, la continuidad del espíritu, lo que importaba salvar a toda costa, en medio del general derrumbe y de las transformaciones venideras". En efecto, la *Evolución política del pueblo mexicano* no termina sin incluir dos valiosas páginas asomadas claramente al porvenir, a la Revolución que tocaba ya a las puertas de aquel gastado régimen, al que Sierra inyectaba valiosas energías morales.

Habla de volver la vida a la tierra, la madre de las razas fuertes que han sabido fecundarla, por medio de la irrigación. Piensa en la atracción de inmigrantes de sangre europea para que se crucen con nuestros grupos indígenas. Predica un cambio completo en la mentalidad de éstos por medio de la escuela, obra que le parece suprema, urgente e ingente, magna

y rápida, "porque o ella, o la muerte". Quiere convertir al terrígena en un valor social, en el principal colono de una tierra intensivamente cultivada. Identificar su espíritu y "el nuestro" —Sierra parece hablar en nombre de la burguesía progresista de su época— por medio de la unidad del idioma, de aspiraciones, de amores y de odios, de criterio mental y de criterio moral. Encender el ideal de una patria para todos, de una patria grande y feliz; crear en suma, el alma nacional. Esta le parecía la meta asignada al esfuerzo del porvenir; ese creía ser el programa de la educación cívica. Pensaba en la necesidad de vencer todos los obstáculos que se opusieran a tan magna obra. Y concluía midiendo la evolución social mexicana con el alto canon de la libertad.

Llegar a ser aptos para ella o condenarnos a la muerte nacional: era el drama y la conclusión que arrancaba la conciencia de este gran mexicano de las profundidades de nuestra historia.

Contestación al Discurso Anterior por el Sr. Director de la Academia Don Atanasio G. Saravia

Señores Académicos, señoras y señores:

Cuando en 1934, preparaba mi discurso para contestar el de recepción en esta misma Academia del Sr. Ing. D. José López Portillo y Weber, al tratar la circunstancia tan importante que concurre en la conquista de México, de haber sido la misma la obra de una serie de iniciativas particulares y del esfuerzo individual de los conquistadores, tuve conocimiento de que no hacía mucho se había publicado en Madrid la tesis doctoral que en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de la capital española había presentado D. Silvio A. Zavala, y tuve la fortuna de casi inmediatamente poder conocer un ejemplar de la tesis referida, que había sido leída y aprobada con nota de sobresaliente el 31 de mayo de 1933, y que aparecía publicada precedida de una elogiosa opinión del insigne maestro D. Rafael Altamira.

Dicha tesis que lleva por nombre "Los Intereses Particulares en la Conquista de la Nueva España" fué para mí de gran interés, pues aunque considera ese tema principalmente desde el punto de vista jurídico, reúne elementos valiosos que robustecen la tesis general de la importancia que la iniciativa individual tuvo en esa magna empresa de conquista.

Interesóme también profundamente la excelente técnica empleada por el Sr. Zavala para presentar los puntos de su tesis y la disciplina a que fue sujetando su exposición, todo lo cual arroja clarísima luz sobre el punto que hemos mencionado, punto importantísimo para la historia de la conquista, porque forzosamente cambia mucho el plano en que debe colocarse el historiador que estudia esta época, si encuentra que independientemente del interés de Estado, existen intereses particulares perfectamente definidos, que tienen que imprimir notas muy peculiares en la forma de desarrollar la empresa.

D. Rafael Altamira, al escribir su opinión dijo: "La razón por la que la tesis doctoral de don Silvio A. Zavala tiene para mí un interés grandísimo, dentro del cuadro de mi asignatura, es que plantea una cuestión jurídica en que hasta ahora no habla parado mientes ningún erudito americanista, ni tampoco los profesionales del Derecho. Esa cuestión es capital para el estudio de las instituciones desde el punto de vista jurídico, aunque exprese un estado de cosas temporal, absorbido luego por la preponderancia de la acción del Estado."

"Sin duda, los hechos que produjeron esa especialidad que el señor Zavala estudia, eran conocidos, y su relato se encuentra en las fuentes principales de la Historia de la Conquista; pero nadie había hasta ahora penetrado en su significación y en las consecuencias que esa modalidad produjo en el establecimiento de la dominación española en algunas regiones americanas."

Repito que para mí también ofreció esa tesis especialísimo interés, ya que complementaba de manera tan amplia mi punto de vista sobre esa circunstancia particular que entonces resumí diciendo: "la apreciación en toda la extensión debida, de lo que significa la conquista, hecha, no por un país de intereses permanentes, o cuando menos de la visión al porvenir mucho más amplia, sino por hombres de intereses limitados, y aspirando, por tanto, a frutos y beneficios inmediatos como resultado de su empresa, me parece un elemento fundamental para poder analizar, correctamente, esa parte tan importante de nuestra historia."

Desde entonces esperé mucho de aquel joven historiador que con esa tesis se doctoraba en derecho, pues que, volveré a decirlo, su técnica me pareció digna de todo elogio, y también la estricta disciplina con que seguía su estudio.

No sufrí ningún desengaño posterior, pues que, no mucho tiempo después, en 1935, se publicaba en Madrid la obra de Silvio titulada "Las Instituciones Jurídicas en la Conquista de América", en la que trató, con perfecta división, primero la teoría de la penetración española en

América, exponiendo sucintamente, pero con perfecta claridad, las teorías de los diversos pensadores y estudiosos de aquella época que se ocuparon de examinar y determinar las razones que daban título a España para su intervención en América.

Conocidas las ideas que impulsaban y justificaban esa intervención presenta el autor lógicamente el examen del paso siguiente en aquella empresa, o sea, la organización de las expediciones, subdividiendo también ese punto en diversos subtítulos que van examinando cada punto con la debida claridad, pasando después en su parte tercera a los efectos que en América produjo aquella invasión europea, terminando finalmente con el corolario lógicamente resultante, de los premios finales concedidos por la Corona; digo lógicamente resultante, porque tratándose de empresa llevada a cabo, como dijimos, con el concurso de muchos esfuerzos particulares que esperaban recompensa, esas inversiones y esos sacrificios lógico era que la Corona, que quedaba como poseedora, suprema de aquellas Tierras y como gobernante de todos los nuevos pueblos adquiridos, premiase los esfuerzos de los hombres que tal empresa habían llevado a cabo.

La manera de distribuir y de exponer los resultados de todos aquellos diversos actos y teorías hizo que resultase una obra perfectamente distribuida y completa que ayuda enormemente para el estudio correcto de la Conquista.

Vino a continuación, también en 1935, su obra "La Encomienda Indiana", que entiendo cerró el ciclo de su producción en España. Esa obra, según manifestó el autor en su Introducción, "tiene por objeto el análisis e interpretación del proceso de la Encomienda Indiana por los tres siglos de la dominación de España en América."

No podía el tema ser más apasionante, ya que la encomienda ha sido una de las instituciones grandemente discutidas, y el Dr. Zavala, al desarrollarlo en nada desmereció la buena técnica y disciplina histórica que había demostrado en su tesis doctoral y en su obra sobre las instituciones jurídicas de la Conquista, produciendo por tanto una obra clara y bien ordenada que deberá siempre consultarse por todos aquellos que deseen estudiar lo que a las encomiendas se refiere, pues con un muy preciso ordenamiento de los hechos se parte desde el nacimiento en las Antillas del sistema de repartimiento de los indios, y tras de fijar las distintas evoluciones y teorías de los repartimientos dichos, se llega hasta la extinción de esas tan discutidas instituciones.

No seguiré paso a paso la labor que nuestro historiador continuó ya en nuestro país con sus obras posteriores, que han sido justamente alabadas, pues bastan las ya mencionadas para acreditar al Dr. Zavala

como un historiador cuidadoso, perfectamente disciplinado en sus escritos y de cuyas conclusiones y afirmaciones puede fiarse por el cuidado y buena técnica con que están ejecutados sus trabajos, sin contar lo que es esencial en un buen historiador, o sea el juicio claro y completo sobre las materias que lo ocupan.

Esos solos estudios bastarían para acreditar ampliamente sus derechos a ingresar en nuestra Academia, mas si eso no bastare, el discurso que acaba de leernos, nos lo presenta en un nuevo plano de sumo interés también para el estudio de nuestra historia.

Para ingresar en nuestra Academia, el Dr. Zavala, como acabáis de oír, ha escogido como tema un tributo al historiador Justo Sierra.

Ese tributo se lo rinde usando las propias palabras del Doctor "a la victoria de la madurez de juicio sobre el simplismo sectario."

Apreciar esa cualidad en un historiador, es de enorme trascendencia para señalar el camino a que debemos aspirar cuantos del estudio de la Historia de México nos ocupamos, ya que perseguir el propósito de analizar correctamente nuestro pasado, haciendo justicia a todos los ideales que han brillado en nuestra historia, aún cuando a veces se hayan perdido entre el humo de los combates y el polvo de la derrota, arrojará mucha más luz sobre los actos de nuestros mayores, y nos hará apreciar infinitamente más los esfuerzos desarrollados en el curso de los años por gentes y partidos que en muchos de sus puntos de vista pueden merecer respeto y no ser simplemente arrollados por sólo el himno de triunfo a los vencedores.

Cuando nuestra Academia celebró su XXV aniversario el 12 de septiembre de 1944, en mi discurso de esa fecha dije las siguientes palabras: "No es ocasión de resumir la historia del México independiente, pero sí puede observarse que, precisamente por haber obtenido su libertad de acción, la libertad de ejercitar su propia política, la unión entre los mexicanos se ha quebrantado en muchas ocasiones, y, desgraciadamente, aún a la fecha déjase sentir, de manera imperiosa, la necesidad de una unión espiritual más completa y de la formación de una alma nacional, bien definida, por mayor comunidad de aspiración"

"Para llegar a alcanzar esa mayor unidad, una de las cosas indispensables es que los mexicanos nos conozcamos a nosotros mismos, que sepamos cómo se formó nuestro país, los factores que para ello concurrieron, los muchos valores materiales y morales que se consumieron en el enorme crisol en donde se formó nuestra Patria: que la conozcamos a través de una historia imparcial, de una historia justiciera, de una historia que tienda esencialmente a defender la verdad, y que, al mismo

tiempo, tenga una interpretación verdaderamente humana y una amplitud que la aparte, totalmente, de los resquemores de las luchas y de las ideologías egoístas de los partidos."

"Necesitamos historia que sepa explicarnos con verdad cuáles han sido los sentimientos de los mexicanos, cuáles sus aspiraciones; no historia que tienda a rebajar o a menospreciar al adversario en ideas, cuando su ideología haya sido secundada por grandes partes de la población, pues que, indudablemente, ninguna idea puede extenderse y prosperar, ni tampoco ninguna revolución puede triunfar, si no es porque en la misma exista un fondo de justicia; que nunca ningún pueblo se destroza por sólo la pasión de destrozarse, sino que siempre que en un país corre la sangre en guerra fratricida, indudablemente es que existe algún motivo bien grande, un motivo que lleva a esos terribles extremos, y ese motivo tiene que encerrar, forzosamente, una tendencia al mejoramiento de la colectividad".

"La historia, estudiada con amplitud de criterio, con verdadero patriotismo, tendrá que llevarnos a un conocimiento mejor de las aspiraciones generales, y por la justa apreciación de los sucesos del pasado, de los principios y valores debatidos, haciendo la debida justicia a los diversos componentes de los partidos en lucha, y de los ideales y propósitos que sustentaban, llegaremos, seguramente, a un mejor entendimiento nacional. Indudablemente si un pueblo conoce su pasado y lo sabe valorar, si ese pueblo puede orientarse para una noble aspiración común, existirá de manera más firme una mayor unión entre los habitantes del país, y un deseo, también mayor, de cooperar, con todo su esfuerzo, en el sentido en que verdaderamente se tengan puestas las miras para el bienestar nacional."

Nada tengo que añadir ni que modificar a esas ideas que entonces expresé; pero si hacer notar la satisfacción que me produce el ver que un intelectual de la talla del Dr. Zavala rinda justo tributo al historiador, que como dijo D. Alfonso Reyes, de acuerdo con las palabras que del mismo ha citado el Doctor, hizo una historia en "donde la explicación del pasado es siempre dulce aún para fundar una censura; donde no se juega con el afán y el dolor de los hombres; donde ni de lejos asoma aquella malsana complacencia por destruir a un pueblo; donde se respeta todo lo respetable, se edifica siempre, se deja el camino abierto a la esperanza."

Hemos seguido paso a paso el discurso del Dr. Zavala, y vimos como merece siempre su elogio todo aquello que tiende a hermoear nuestra historia, toda vez que el historiador a quien rinde homenaje encuentra siempre la explicación humana a los distintos conflictos que aparecen en nuestro pasado tratando en cada caso de hacer justicia a aquellos que alimentaron algún ideal hermoso en la vida de México.

No he venido a estudiar punto por punto las frases y los juicios de D. Justo Sierra, a quien se refiere el Dr. Zavala, sino que sólo quiero llamar la atención sobre el ánimo que infunde el que dedique su esfuerzo a considerar admirable y digno de tributo el precioso don de procurar que no se ahonden los rencores, sino por el contrario, encontrar una explicación humana para los diversos fastos de nuestra historia, sin tratar solamente de deprimir al caído y ensalzar al vencedor.

Habéis oído al Dr. Zavala ir siguiendo paso por paso ese proceso, empezando por el conflicto entre los indios y los conquistadores, no olvidando a los buenos misioneros que tanto hicieron por la formación de nuestra Patria, pasando después por la epopeya que significa nuestra Guerra de independencia, y después por nuestras repetidas agitaciones que caracterizaron nuestra Historia en el siglo XIX, para, a su tiempo, hacer notar que la justicia que elogia en el Sr. Sierra, decrece un tanto al llegar, a la época de la Reforma, ya que dice el Doctor que esa época "la trata Sierra con más viva pasión, recurriendo a menudo a la inflamada proclama, con menoscabo de la función ponderativa que procura destacar la riqueza de matices,"¹ .colocándose así en primer plano de la personalidad del Sr. Sierra, "algunas cualidades que son más propias del político que del historiador"; cosa, por otra parte, absolutamente natural, pues es bien sabido que muy difícilmente podrá un historiador tratar con toda clarividencia y justicia sucesos que ha vivido o que le han sido muy cercanos, ya que es casi imposible que pueda entonces hacer acertado juicio, cuando tienen que perturbarlo sus propios sentimientos personales.

Pero, repito, no es mi ánimo estudiar detalladamente el fundamento de los juicios del Sr. Sierra y los comentarios que merecen al Sr. Zavala, sino hacer observar y resaltar el carácter general de su discurso de recepción que hemos escuchado, y que no es otro que el de tender, en cuanto es posible, a elogiar una historia sincera, una historia con ánimo de aclarar y explicar nuestro pasado, buscando los puntos que merecen elogio, sin importar de qué personas o partidos puedan proceder.

Ese fondo que encierra el discurso del Sr. Zavala es el que me parece muy digno de notarse, ya que tiende a fomentar aquello que tanto necesitamos: El adquirir y expresar amplitud de juicio en todo lo que se refiere a nuestra historia, ya que, evidentemente, esa amplitud nos presentará siempre fases hermosas en nuestras luchas, puntos de vista alentadores en nuestro pasado, ayudando, como hace dos años dije, a lograr un conocimiento mejor de nosotros mismos para comprendernos mejor y poder unificar, de manera más completa, todas aquellas aspiraciones nobles que al extenderse y adoptarse por todos aquellos que formamos la población de nuestra Patria, ayudará, incuestionablemente, a marcarle aquellos derroteros que más directamente conduzcan a su felicidad y bienestar.

Bienvenido sea pues, entre nosotros, nuestro nuevo Académico, que de sus luces esperamos grande aliento y también su colaboración, muy importante, para que la Academia continúe con todo éxito la preciosa misión que su instituto le impone, y que no es otra que la de trabajar, por los medios que tenga a su alcance, en estudiar, depurar e ilustrar la historia de nuestro país.